
El negro de la Autora

1 FEBRERO, 2012

Carmen Boullosa ()

2

Cuando llegó el día de la fiesta había olvidado ya los trabajos que pasó con su novela. Era el momento de celebrar. Lo demás quedaba atrás. Incluso el detalle que, a los ojos de algunos, podría ser candente: el libro que ella firmaba no había sido en realidad escrito por su pluma.



Le resultaba menos que pecata minuta. Se consideraba en todo derecho la Autora. La idea era de ella —de esto nunca le cupo duda: pergeñó una situación y una trama precarias, las garrapateó en partes, a eso le llamaba “es mi idea”—, después, tras mucho batallar (y no pocas cuartillas), consiguió quien “le ayudara” a terminarla. En todo rigor, a escribirla, pero esto no se lo dijo nunca con todas sus letras. A fin de cuentas, nunca le cupo duda de que ésta era “su” novela. No reconocería que la idea original había sido alterada casi hasta el último detalle por su “ayudante”.

Démosle por un momento la razón. Ella la había pensado (en bulto, cierto, pero pensado aunque después la novela se hubiera ido por otro rumbo), ella había encontrado, con ayuda de sus amigos, quien le ayudara a “pulirla” —en todo rigor, repitámoslo, a escribirla—, ella había firmado el cheque para quien la ayudó (y no

del dinero del marido, sino de su cuenta personal, la plata que el papá le diera de cumpleaños por sus treinta), ella había encontrado editor, ella había conseguido quien le escribiera los textos de la contraportada (escritores consagrados a los que previamente con gran dedicación se había trabajado) (y más todavía: ella les había enviado los textos para ahorrarles el trabajo y para formar con claridad su imagen de autora —frases que no había precisamente escrito ella, sino otro amigo de un amigo), ella iba a promocionarla. ¿Podría alguien dudar de su autoría?

Se sabía escritora en toda forma, y sólo le faltaba convertirse en una consagrada. Sería fácil. Primero, a dar entrevistas. A conseguir difusión para la novela. A hacer acuerdos para que hubiera copias en todas las bibliotecas del país, en todas las oficinas de quienes han tenido negocios con alguno de los amigos de sus familias, y muchas en todas las librerías. De boca en boca iba a llegar a vender grandes números. Se iba a ganar en un tris el respeto que se merecía. A fin de cuentas, hacía ya siete años que había tomado su primer taller de narrativa (bueno, no era un taller precisamente, pero algo parecido, y en todo caso no asistió muchas veces y cuando aparecía llegaba tarde, pero se justifica porque tenía un bebé y a medio curso se embarazó del siguiente), su constancia merecía todos los honores, y los iba a obtener.

Ya desde aquel lejano entonces tenía ambiciones literarias. Había solicitado al coordinador del taller (un escritor algo menos que más) que le diera una carta recomendándola para obtener una beca de una (prestigiosa) fundación, y el güey se había negado, diciéndole con tono profesoral que era un desacato, que ella no tenía trayectoria alguna como escritora y que era ridículo la solicitase. El mediocre no entendía que se la iban a dar si la pedía, ella estaba convencida de esto, porque su marido había hecho negocios con uno de los que financiaban la operación, porque habían cenado con ellos en casa. El escritor ese no tenía cabeza, era un mediocre. Desde ese día, ella lo tachó de la lista. Lo consideraba muy poca cosa. Ni hace falta decir que no se volvió a presentar en el taller.

Era graciosa y aplicada, había visto con atención en YouTube lo que autores “mayores” e “importantes” decían del oficio de escritor y sabía repetirlo imprimiéndole un tono “personal” —y al decir tono, queremos decirlo literalmente: decía las frases con la cantinela propia de las “niñas” de su clase social, barrio, escuela primaria y ciudad—. Había sido alumna durante la maestría de Escritura Creativa de tres o cuatro muy conocidos autores y algunos menos conocidos, pero sin excepción habían publicado libros, tenía nexos, relaciones. Se sentía en el centro del mundo literario.

Pensaba ya en su siguiente novela. Comenzaba a preguntar aquí y allá sobre el tema —era su manera de hacer investigación—; había conversado largo con su editor sobre cuál era el tema conveniente, cuál intrigaba a los lectores, para invocar la suerte. Drogas, no. Tráfico sexual, ya no. La frontera de México, posiblemente. Los que viven con un pie aquí y el otro allá, tal vez. Mejor que nada: una combinación de todo lo dicho, añadiéndole una pizca de sexo. Porque a fin de cuentas esto era todo un asunto de suerte. Y de relaciones.

Lo de la suerte podía custodiarse, para empezar no olvidando ir a misa, y esto no por ser supersticiosa sino porque era a sus ojos lo elemental. Lo de las relaciones, ya tenía a toda la familia (sanguínea, consanguínea, política y financiera) trabajándole lo del libro. Su mamá, a todo motor. Su marido, a todo motor. Sus hermanos, a medios motores: los dos eran profesionistas y sospechaban que ella —“la frívola” era el apodo con que la nombraban en sus constantes conversaciones telefónicas— no había escrito el libro que había publicado. Cuando en las vacaciones de Semana Santa —coincidían con el cumpleaños de su mamá, se reunían sin excepción a celebrarlo— en la casa familiar de la playa, el mayor le preguntó: “¿Y se puede leer, o es

abstracta?”, ella tuvo un arranque de cólera. “¡Abstracta!, ¡es una novela!”. No le volvió a dirigir la palabra en dos días.

Le perdonó la ofensa cuando recordó que en la universidad donde él había sido asistente de profesor por un par de semestres enseñaba Harold Bloom. “¡Oh!, ¡Harold Bloom!”. La pura mención de ese nombre le sacaba suspiros. Jamás lo había leído, pero tenía sus libros (y su tomote de Shakespeare en la sala, “un librazo”, decía, sin haberlo siquiera ojeado), la impresionaba mucho.

Sabía que Harold Bloom era la mejor manera de quedar consagrada. Entre Bloom y ella mediaba su hermano, “ese maldito”. Así que le perdonó el insulto y pasó el último día de vacaciones conferenciándolo sobre las virtudes de su novela, que eran muchas y que ella había estudiado con detenimiento. Estaba preparándose, entrenándose, para la ronda de entrevistas y presentaciones. Casi convenció a sus hermanos. Por lo menos les sembró la duda.

Su papá simplemente la adoraba. Era su única hija mujer, la benjamina. A sus ojos, los dos hijos varones no tenían ambiciones. Ella sí. No necesitaba luchar demasiado: su puesto cercano a presidencia le daba acceso a todos los posibles auxilios que llegara a requerir la hija. “Debes publicarla antes que termine el sexenio”,

fue su único comentario y recomendación. “Avísame con tiempo que va a salir para encargar trescientos ejemplares para mis amigos”. “¿Trescientos nada más, pa?”. “Que sean seiscientos... bueno, ponle mil”.

Su marido, con el que se había casado muy jovencita y tal vez algo enamorada —tanto como su temperamento lo permitía—, ganó una fortuna en dos negocios milagrosos en dos booms diferentes e igualmente efímeros. Por sus negocios viajaba continuamente. Los viajes de él la habían ilustrado en las artes amatorias bajo la tutela de distintos maestros. Hombres muy interesantes, periodistas, académicos, diplomáticos “superinteligentes”, ya tenía suficientes negociantes y políticos en la familia.

Estaba convencida de su irresistible atractivo. Lo cierto era que la cartera del marido sí era un imán poderoso. No que fuera fea (no lo era), pero los cientos de millones de dólares obtenidos de negocios que no habían pedido un céntimo de inversión en el tiempo que le toma a un relámpago formarse, caer y ser olvidado, trabajaban como un sex appeal irresistible. Ella era una pipa al dinero. Un enlace directo a fajos de dólares. Una boquilla que conducía a la billetiza.

El marido no era tonto. Era protestante, creía en lo que decían las palabras, en las de él y en las de ella, y todo iba por esto sobre ruedas. En cambio, ella era mexicana, decía lo conveniente y hacía cosas muy distintas de las confesadas. A él le bastaba con lo que ella verbalizaba, su entorno le había creado otra percepción de lo que es la verdad, muy distinto.

La fiesta del libro sería en un lugar literario, respetable, fundado por escritores a los que se ha procurado olvidar, y cuyo nombre ella, nuestra novelista festejada, no ha oído jamás mentar. No le interesan sino los “consagrados”. Los fundadores del lugar, los que le habían dado prestigio, los que lo habían trabajado no son consagrados, sino, decía ella “escribidores, gente sin ambición”. Ambición era la palabra clave.

También se entrenaba oyendo audiolibros mientras estaba en el gimnasio. No quería le fuera a ocurrir la vergüenza de Vicente, aquel amigo de su tío que ocupó la silla presidencial y que no sabiendo pronunciar Borges dijo Borgues. Un día, por esas fechas, algo similar le pasó a ella, cree que nadie se dio cuenta. Dijo “Loup” queriendo decir Lope. Se refería a Lope de Vega, porque sospechó que podía ser un inglés. En la conversación de aquel primer taller o no-taller al que había ido a veces, cuando en una sesión hablaban

de traductores, ella dijo “La traducción de Loup en la editorial Aguilar, a mí me parece lo mejor”. ¿Alguien cayó en la cuenta que por decir “edición” decía “traducción”, y que Loup era Lope? Si fue el caso, prudentes, cerraron el pico.

Ella cayó en la cuenta el siguiente fin de semana, cuando tuvo un momento de paz en casa, tras dormir al niño, cuando vino a buscarla para alguna de sus muy ilustrativas lecciones amorosas el maestro en persona, un poeta —de origen alemán— que admiraba este autor. Tomó el libro en las manos, dijo “Lope”, no “Loup”.

—¿Quieres decir Loup, amorcito?

—No, ¿cuál Lope? Lope, Lope de Vega.

Abrió el volumen de “Loup”. Vio el “de Vega”. Cayó en la cuenta de que edición no era lo mismo que traducción. Buscó el traductor, para presumirlo en la siguiente sesión, pero no lo vio. Abrió la Británica, y —¡alás!— supo que Lope de Vega no había escrito originalmente en inglés, ni siquiera en francés, sino en vil, simple y vulgar español. Debemos disculparla: su licenciatura la había obtenido en Relaciones Públicas —en una universidad privada, para señoritas—, no en Literatura.

Por cierto, en honor a la verdad, las lecciones amorosas a las que la sometían los viajes del marido no eran tan interesantes. Un diplomático de alto rango de Tailandia tenía problemas de erección. Con ella, sólo con ella. Nunca se atrevió a pedirle la plata que desesperadamente necesitaba, por estar avergonzado de lo mismo. Se ahorró la negativa: ella jamás le habría prestado un céntimo. Ni a él, ni a nadie.

Ahora estas cosas quedaban atrás, era su momento de gloria. Se presentaba la novela, medios, fiesta, amigos, relaciones... La había tomado una editorial muy acá, donde publicaba alguno de sus maestros. Sería de primera. En la fiesta de su libro hablaría una de las más consagradas autoras mexicanas, una periodista encantadora y fiesterera, aunque algo mocha (rasgo muy conveniente para el sexenio), quien tiempo atrás había escrito ensayos académicos muy al día y bien documentados, sazonados con un conocimiento profundo del contenido de las revistas para adolescentes, chismes de divas, apuntes de la moda, sobre todo vestidos, era su fuerte, y un narrador que estaba en el candelero (había confesado públicamente que su amante predilecto era su perro, y que insistía en que lo suyo no era zoofilia sino amor auténtico. Llevaba un año en una cruzada: la legalización del matrimonio entre un hombre y su perro. Su familia tenía recursos.

Lo apoyaban con el aparato legal. Tenía opiniones muy personales. Insistía en que si Hitler hubiera tenido un pelo más de arrojo, se habría casado con Bondy, su pastor alemán, y no con Eva Braun, agregaba entre risitas: “Tendríamos una víctima menos del nazismo, la rubiecita no habría tragado la pilule de cianuro”. Su francés era perfecto. Dejémoslo de lado —aunque sea un personaje fascinante, quizá tanto como su perro, un labrador inteligentísimo y tan bello que en verdad daban ganas de casarse con él—, porque él no es nuestro foco y es injusto robarle cámara a la Autora.)



Esto sería en la capital de la República que tenía en suerte contar con ella como una de sus hijas a punto de ser célebre.

Para la presentación de su libro en el sureste de ese país, había invitado a una escritora diferente algo izquierdoza, escribía también ficción, estaba muy politizada, y a un señor arzobispo.

Para la del norte, a un cura de cuello blanco con una autora de libros de autoayuda. No en balde había estudiado Relaciones Públicas.

Llegó el momento de la fiesta. Ya podía considerarse una autora de la Liga Mayor. Estaba todo el mundo. Era un exitazo. Traía un vestido precioso. Había sido difícil elegirlo. Debía parecer seria, debía verse bien. Por fin se decidió por uno que no parecía de diseñador.

Hasta aquí todo lo que he contado es estrictamente cierto, lo sé de primera mano (de primeras manos, porque tengo distintos informantes). De aquí en adelante recorro a la imaginación.

Apenas al llegar al lugar de la fiesta su editor le avisa que no se presentará la periodista.

—¿Envió su texto?

—No. Se enfermó.

Nada iba a ser una nube en noche tan luminosa. Dejó de pensar en ella de inmediato. Una actriz de moda leería un fragmento.

Pasó al salón y le extrañó ver en la última fila al “corrector” de su novela, pero de inmediato se dijo “¿Por qué no había de estar? Es un día importante”. Hasta él estaba aquí para aplaudirla.

Este negro a quien había pagado por “terminarle” la novela era un rubio formidable, en varios sentidos. Primero, y el más notable, por su manera de beber. Sabía hacerlo como un auténtico e imponente cosaco. Lo segundo era su apellido. Nuestra protagonista no sabía que el papá había sido secretario de Gobernación en la bonanza petrolera, ése sí que tenía conexiones, era amigo de urbis et orbis; le avergonzaba el hijo, por borracho, porque estaba convencido de su talento, porque era su único varón y porque no servía para un carajo; ya pasaba de los treinta y no había hecho nada, pero nada. La manera que el padre tenía de presionarlo era reteniéndole dinero. “A ver si así se espabila”. Pero nada, y con el conque de espabilarse para sí mismo, pasaba los días de whisky en whisky. Eso sí: el mejor. Cuando le cortaron la mesada, se birlaba las botellas de la cava de su papá.

En una de esas excursiones a la cava paterna, el rubio formidable llegó acompañado de una amiga. Rubia como él, hermosa como si fuera su hermana, y borracha como si compartieran el mismo mensaje genético. Tenían cosas en común, de niños habían ido a la misma parroquia, al mismo catecismo, a los mismos ejercicios espirituales con los mismos curas, de cuyo caso no queremos acordarnos aquí. Fuera de eso, no había parentesco, aunque, como dijimos, lo pareciera.

La rubia perdió toda compostura adentro de la cava paterna. “Esto es tener de qué ufanarse”, dijo a todo pulmón, “¡qué demonios hace tu papá!, debe ser millonario”. Grite y grite. Hasta se puso a cantar para celebrar la calidad de las botellas. Perdonémosla: estaba embriagada.

Los ruidos llamaron la atención del dueño de la cava, mismo que dejó el sofá desde donde veía una película —Naranja Mecánica—, la puso en pausa, se calzó las pantuflas, se ató bien el lazo de la bata, y bajó.

No había nadie en la sala. Nadie en el estudio. Nadie en el comedor. Nadie en el antecomedor. Estando ahí, otro grito de mujer lo guió a la cava. Se quedó impresionado con la belleza de la

rubia y se puso furibundo con el hijo. “Esto amerita una conversación seria. Les invito un whisky”.

Los guió hacia la biblioteca.

Hacía mucho que padre e hijo no se sentaban a platicar. Mejor dicho: que el padre no se paseaba enfrente de él a sermonearlo. La vista de la rubia lo puso así. Quería seducirla. A como diera lugar. No conocía más lenguaje de seducción que imponerse dando sermones.

Nuestro rubio formidable (porque a nosotros él es el que nos parece formidable) reaccionó como no lo había hecho nunca antes. No iba a dejar que su padre lo ninguneara enfrente de su compinche de aventuras nocturnas, su compañera de correrías étlicas, su amiga del alma. Estar con ella lo envalentonó. Y sacó la sopa:

—Pues ¿sabes qué, pa’? Escribí una novela, completa. La hice por encargo. No está nada mal. Me la eché en tres semanas.

—No sólo no está mal, yo la leí y está buenísima —acotó la rubia.

“¿Cómo que por encargo?”, y etcétera etcétera, el papá quiso saberlo todo. Para un hombre de su generación, esto era el colmo

de la corrupción. No se lo parecía haber asaltado al patrimonio de la nación articulando una red de venta ilegal de petróleo, haberse aprovechado de sus cargos públicos para hacer negocios personales, ni tampoco ninguna de las prácticas a las que les había dado rienda en su hilacha. “Esto” sí que no. No se lo confesaba, pero “esto” era para él el último escalón de la indecencia.

Me permito acotar que su juicio estaba sesgado por un detalle: el apellido de la impostora y de su propio hijo le presentaban la situación como un mano a mano entre la casta priista y los advenedizos, oportunistas panistas, de ahí el intenso vigor del “esto sí que no”. Se dirigió a su estudio. Para algo sirve internet. Encontró pronto a la impostora, la editorial, el título de la novela de “su” hijo, la hora y lugar precisos de la presentación.

Para entonces, rubia y rubio estaban tan borrachos que no podemos afirmar si el padre copuló o no con la chica. Mi opinión personal es que no, para empezar porque todas sus energías se le habían ido en “esto” y en planear cómo ganar el “match histórico”. Lo segundo es porque de tan briaga ya no parecía atractiva.

Ahorro al lector los pormenores del obvio desenlace. Una llamada telefónica a un amigo periodista del ex ministro desató el escándalo. La mocha y respetada que iba a asistir a la

presentación se salvó del ridículo gracias a un pitazo del escritorio —no era una recién llegada.

A medio acto, al término de la intervención del autor candelerero, un gacetillero de la fuente cultural salta con “¿me permite la autora una pregunta?, soy del periódico tal y tal”, y sópatelas, le avienta en cara ante el salón lleno que ella había pagado tanto y tanto con un cheque número tal y tal, que si era verdad. Ella, venciendo los nervios, como una verdadera profesional tomó el micrófono, se dirigió al fondo del auditorio, y procedió a negarlo, hablándole directamente al rubio formidable, su negro —una imprudencia, lo reconocería más tarde.

El gacetillero dijo que era precisamente ese con quien ella estaba hablando el que había recibido el cheque. La Autora al micrófono volvió a hablar al mismo punto, la voz desencajada: “¡Te voy a demandar!, ¡firmaste que no dirías nada!”.

Su marido, que había viajado de la ciudad americana donde la pareja tiene asiento, a pesar de no hablar español, fue informado por su vecino de silla que desconocía el parentesco de lo que pasaba. Todo lo demás apareció en los periódicos. Corrió como fuego en pasto seco —sobre todo porque era el fin del sexenio, el

atacante era priista de vieja cepa, un momento ideal para quedar bien con su camada.

El rubio formidable, el hijo borracho del anterior ministro, se negó a dar entrevistas, pero no lo desmintió. Su padre lo tenía amenazado de muerte si se atrevía a negar que el libro —que no era tan malo— no era de él.

A la mamá de la Autora se le reventó la úlcera.

Sus dos hermanos tragaron con dificultad la humillación pública, y celebraron en quedito la caída de “la frívola”.

El editor se lavó las manos. El departamento de mercadotecnia de la editorial le añadió al libro una fajilla: La joya del negro de una “autora”.

La vieja periodista sacó su columna semanal machacando el tema.

El papá de la Autora dijo que todo era “un complot” de los priistas, “una infamia”. Llegó tan lejos que se atrevió a afirmar que “lo pagó el narcotráfico”. No distribuyó los mil ejemplares que había comprado.

Los críticos literarios celebraron la novela.

Propulsada por el chisme y tal vez también por su calidad —porque no estaba tan mal, dicen, yo no leo esas cosas—, la novela se vendió como pan caliente.

El rubio formidable empezó a escribir su siguiente libro. Mismos personajes, mismo ambiente, diferentes momentos de su vida.

No podemos dar pormenores de qué le pasó a la Autora, por lo que nos detenemos aquí —de ser rigurosos, nos habríamos contenido un poco antes; el lector perdonará que nos hayamos alargado en fantasías: lo único que sabemos es la primera parte, el desenlace lo inventamos para no deprimirnos.

Carmen Boullosa. Escritora. Sus más recientes libros: *El complot de los románticos* y *La virgen y el violín*.